

La organización de la comunidad y la delincuencia juvenil*

Robert E. Park**
University of Chicago

1. La corrupción de la naturaleza humana

Dado que el hombre es manifiestamente –según Aristóteles lo ha definido– un animal político destinado a vivir en sociedad y a depender de sus integrantes, es sorprendente e interesante descubrir que el hombre, como a veces estamos obligados a hacer, que el hombre está completamente inadap-
tado por naturaleza para vivir en sociedad.

Sin duda, el hombre es el animal más sociable. No obstante ello es también cierto que lo que ignora mayormente es el modo de conducir su existencia social. Quienes más han estudiado de cerca este tema –el pedagogo, el criminólogo, el asistente social– son los más conscientes de los elementos imprevisibles presentes en cada situación y sienten más profundamente su incapacidad de controlar la conducta humana.

En su reciente estudio *The Unadjusted Girl*, W. I. Thomas (1923), refiriéndose a este

tema, llama la atención sobre el hecho de que “todo procedimiento penal está basado en el castigo y todavía no sabemos si el castigo aleja del delito al delincuente o, más bien, sabemos que a veces aleja del delito y a veces estimula delitos posteriores y tampoco sabemos en que condiciones opera en un sentido o en otro”.

El hombre en estado natural y salvaje es tan inadap-
tado al orden social en el que nace y todos los impulsos originarios del hombre común y sano están en tal contraposición con las demandas que le hace la sociedad, que se puede afirmar sin exageración, que si su infancia transcurre principalmente en el aprendizaje de lo que no debe hacer, su juventud está dedicada esencialmente a la rebeldía. En el resto de su vida sus pasatiempos se vuelven muy probablemente una especie de abandono y evasión de aquel mismo orden social,

*Publicado originalmente en Robert Park et al. (Ed.): *The City*, University of Chicago Press, Chicago, 1925.

** Traducción de Rosa Pijuan y Vanina Ferreccio (Universidad Nacional del Litoral)

al cual finalmente ha aprendido a adaptarse, pero no a reconciliarse completamente.

Esta descripción es de tal manera verdadera que nuestros antepasados, que vivían bajo una disciplina más severa y un orden moral menos flexible y cómodo que el nuestro, fueron golpeados por la innata intratabilidad de los hombres comunes, tanto que llegaron a creer que existía algo de esencialmente diabólico en la naturaleza humana — una concepción que se expresó en la bien conocida “doctrina de la corrupción natural del hombre”.

El ambiente en que viven los seres humanos está fuertemente atravesado por la experiencia, los recuerdos y los hábitos adquiridos por los que los han precedido y esta es una de las razones por las cuales los seres

humanos a diferencia de los animales inferiores, parecen estar inadaptados al mundo en que nacen.

Esta experiencia y estos recuerdos —cristalizados e incorporados en la tradición, en las costumbres y en los modos de vida— constituyen el ambiente social, en cuanto distinto del ambiente biológico: ya que el hombre no es simplemente un individuo con ciertas características biológicas innatas y hereditarias, sino, al mismo tiempo, una persona con maneras, sentimientos, actitudes y ambiciones.

La persona, en cuanto distinta al individuo, reacciona al ambiente social y estas respuestas de la persona a su ambiente definen su personalidad y confieren al individuo un carácter que puede ser descrito en términos morales.

2. La sociedad y el ambiente social

El ambiente social en el cual el género humano ha adquirido algunas, si no todas las características que consideramos típicamente humanas, es lo que llamamos sociedad, es decir sociedad en sentido amplio, aquella que Comte llamaba “humanidad”.

Sin embargo, cuando buscamos estudiar un poco más a fondo esta sociedad que idealmente comprende a todo el género humano, descubrimos que está compuesta por numerosos grupos menores, esto es pequeñas sociedades, cada una de las cuales representa algún aspecto singular, o sector de aquel ambiente omnicompreensivo en el cual vivimos y del cual formamos parte.

Aún cuando esta afirmación pueda parecer extraña a primera vista, la parte principal y más familiar del ambiente social del hombre, es su cuerpo. Sucesivamente su ropa, sus herramientas y su propiedad —que en cierto sentido forman parte de su personalidad— pueden, en determinadas circunstan-

cias, ser consideradas parte de su ambiente. Ellos llegan a ser parte del ambiente social, recién cuando el sujeto los reconoce y se vuelve autoconsciente.

Muchos de nosotros hemos experimentado, en cualquier momento de nuestra vida, el “desagradable sentimiento de inferioridad”, que sobreviene cuando en competencia con nuestros propios semejantes, nos damos cuenta, quizás por primera vez, de lo inadecuado de los recursos personales —físicos, intelectuales y morales— para satisfacer las propias ambiciones. Pero nosotros, que presumiblemente somos personas normales, comprendemos bien poco la lucha de los que están física e intelectualmente en desventaja para adaptarse a un mundo para el cual están constitucionalmente inadaptados.

Este interés que, con la llegada de la autoconciencia, el individuo descubre en sí mismo, es tan importante para el desarrollo de la

personalidad, que ha sido puesta en la base de una de las numerosas escuelas europeas de psiquiatría. La teoría de la “compensación psíquica”, de Alfred Adler, está fundada sobre las observaciones que un individuo consciente de su propia inferioridad trata inevitablemente de compensar la disminución de su autoestima mediante una mayor concentración y un mayor esfuerzo. Y puede ser que de este modo logre superar las desventajas constitucionales o compensar la falta en un campo con lo hecho en otro. Adler observa numerosos casos en que los individuos obtienen sorprendentes sucesos en campos para los cuales estaban constitucionalmente menos adaptados para lograrlo. El ejemplo clásico es Demóstenes, que según la anécdota transmitida, era tartamudo, pero que teniendo piedritas en la boca y hablando a las olas en la playa, superó esa desventaja y se convirtió en el más grande de los oradores atenienses.

Cuando este sentimiento de inferioridad se agudiza a causa de cualquier deformidad física u otra desventaja constitucional, de forma tal que la persona se encuentra particularmente sensible respecto de todo lo que la rodea, el resultado es a menudo lo que Adler describe como “super-compensación psíquica” y que se manifiesta en determinadas tendencias neuróticas y socialmente patológicas frecuentemente definidas como “egocentrismo”.

En estos casos, según Adler, “el neurótico revela una serie de aspectos del carácter

fuertemente acentuados que superan el nivel medio. En la mayor parte de estos casos, se encuentran una sensibilidad sobresaliente, la astenia irritable, sugestionable, el egotismo, tendencia a la fantasía, extrañamiento de la realidad, pero también características más particulares como la tiranía, la malevolencia, la virtud del auto-sacrificio, la coquetería, la ansiedad y la distracción”.

Apenas tomamos consciencia del autocontrol —que no es sustancialmente distinto del control que ejercemos sobre el cuerpo externo— tiende a volverse uno de los problemas más difíciles y molestos. El hombre tiene muchas ventajas sobre los animales inferiores; por otra parte estos no están sujetos a lo que Frazer llama “los peligros del alma”; no tienen el problema de gobernarse. Evidentemente esto es lo que entendía Walt Whitman cuando escribía:

“Creo podría dar la espalda e irme a vivir con los animales

tan plácidos y contentos...

*No se preocupan, no gimen por su condición,
No velan en la oscuridad para llorar sus pecados,*

*No me dan el disgusto de discutir sus deberes
respecto de Dios,*

*Ninguno está insatisfecho, ninguno se enloquece
por manía de posesión,*

*Ninguno se arrodilla ante un igual, ni frente a
alguno de su especie que haya vivido miles de
años atrás,*

*Ninguno es respetable o infeliz por la tierra
universal”.*

3. La familia como persona colectiva

Después de la persona del individuo, la familia es el ambiente más íntimo en el cual la persona reacciona. La familia, incluso en las condiciones de vida más antiguas y sencillas, es una especie de persona colectiva más

amplia. Por ejemplo, entre los campesinos polacos, donde la familia domina completamente al individuo, “marido y mujer —se dice— no son individuos más o menos estrechamente ligados según sus sentimientos per-

sonales, sino miembros de un grupo, controlados...por ambas familias unidas"¹. Sobre esta base podemos comprender plenamente las cartas escritas por jóvenes inmigrantes a sus padres para pedirles una mujer:

"Queridos padres...por favor no se enojen conmigo por esto que escribiré. Les digo que es difícil vivir solo, así que por favor encuéntrame una muchacha honesta, ya que en América no hay ni siquiera una sola joven honesta....21 de diciembre de 1902.

Les agradezco cortésmente por vuestra carta, porque me agradó. En cuanto a la joven, si bien no la conozco, mi compañero que la conoce dice que es decorosa y hermosa y yo le creo, como también a ustedes, mis padres.....Por favor infórmenme cuál de las dos debe venir, si la mayor o la menor si Alexandra o Stanislawa"².

Se puede decir que los individuos sometidos y completamente adaptados que componen una familia de este tipo, prácticamente han dejado de existir como personas. Ellos no tienen ninguna posición social independiente y ninguna responsabilidad personal, sino como miembro del grupo familiar.

La familia que existe en las condiciones de vida moderna, ha perdido la consideración que tenía para generaciones anteriores. Una vez escuché a un eminente psicólogo decir que, después de un largo y paciente estudio llegó a la conclusión que la familia es probablemente el peor ambiente posible para educar a un niño. Diría que en general los psiquiatras parecen tener una pésima opinión de la familia moderna como ambiente para

los niños. Esta opinión, si no es justificada, por lo menos está confirmada por los datos de los estudios sobre delincuencia juvenil realizados algunos años atrás, de lo que ha resultado que el 50 % de las acciones delictuosas estudiadas, provenían de familias disgregadas.

La "familia de hijo único" resulta hoy generalmente reconocida como una de las situaciones sociales características en que probablemente se manifestará un comportamiento egocéntrico. Es cierto que los padres, justamente por su disposición hacia el bienestar de la familia, no son siempre compañeros seguros. Como están actualmente las cosas, es cierto que en el pasado la mayor parte de las características que llamamos humanas se desarrollaron originariamente en el ámbito del grupo familiar.

Fuera del círculo familiar y del vecindario, en el cual se mantienen las denominadas "relaciones primarias" íntimas, encontramos el más amplio círculo de influencias que denominamos comunidad: la comunidad local y las comunidades más grandes y organizadas representadas por la ciudad y la nación. Y más allá de los límites de estas comunidades empieza a surgir el inmenso y vago perfil de la más amplia comunidad mundial que Graham Wallas ha descrito bajo el título de "gran sociedad".

"Comunidad" entonces es el nombre que atribuimos a este ambiente social más vasto y comprensivo puesto fuera de nosotros, de nuestra familia y de nuestro vecindario inmediato, en el cual el individuo conduce no

¹ W. I. Thomas y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, Chicago, 1918-20, vol. I, pp. 87-97, citado en R. E. Parck y M. A. Millar, *Old World Traits Transplanted*, New Cork and London, 1921, p. 34.

² W. I. Thomas y F. Znaniecki, *op. cit.*, vol. II, p. 259, citado en R. E. Park y M. A. Millar, *op. cit.*, pp. 39-40.

solo su existencia en cuanto individuo, sino también su vida en cuanto persona. La comunidad, incluida la familia –con sus intereses y sus objetivos más amplios, sus fines más conscientes– nos rodea, nos encierra y nos obliga a conformarnos no ya con la simple presión desde el exterior ni simplemente con el temor del reproche, sino con el sentido del interés y de la responsabilidad hacia ciertos intereses distintos de los nuestros.

Sin duda el origen de nuestras acciones reside en los impulsos orgánicos del individuo; pero la conducta real está más o menos determinada por la opinión pública, por la costumbre y por el código que existe, fuera de nosotros, en nuestra familia, en el vecindario y en la comunidad. Sin embargo esta comunidad, con sus objetivos menos inmediatos y sus fines más conscientes, resulta colocada siempre fuera de nosotros y se presenta mucho más ajena a nosotros que la familia u otro grupo análogo.

En cierta medida tienen razón algunos sociólogos que han concebido a la sociedad como provista de una existencia completamente independiente de los individuos que la componen en un momento dado. En estas circunstancias la condición natural del individuo en la sociedad es una condición de conflicto –conflicto con los otros individuos,

naturalmente, pero sobre todo conflicto con las convenciones y las reglas del grupo social del cual se es parte. La libertad personal –la expresión de sí, como hemos aprendido a llamarla en los últimos años– es una búsqueda sino infructuosa, por lo menos sin fin.

Solo gradualmente, en la medida que logra adaptarse a la vida del grupo más amplio y comprender en los objetivos específicos y en las aspiraciones de su vida los objetivos más amplios y menos inmediatos de la sociedad en que vive, el individuo logra sentirse cómodo en la comunidad de la cual forma parte.

Si esto es verdad en general para el género humano, lo es con mayor razón para las personas más jóvenes. Los impulsos naturales del niño están inevitablemente tan lejos de adaptarse a la situación social en que se encuentra que sus relaciones con la comunidad parecen estar casi exclusivamente definidas por una serie de “no”. En estas circunstancias la delincuencia juvenil, al menos dentro de ciertos límites de edad, está no solamente prevista, sino que puede ser considerada normal.

En la comunidad, antes que en la familia, nuestros códigos morales encuentran su primera definición explícita y formal asumiendo el carácter externo y coercitivo de la ley.

4. Cambio social y desorganización social

La organización existente en la familia y en el vecindario está basada sobre las costumbres y la tradición y está fijada en lo que W. G. Sumner llama *fol-ways e mores*. En este estadio la sociedad es un producto puramente natural; un producto de respuestas espontáneas e irreflexivas de individuos que viven juntos en relaciones íntimas, personales y directas. En estas circunstancias los

esfuerzos conscientes dirigidos a disciplinar al individuo e imponer el código social, están guiadas exclusivamente por la intuición y el sentido común.

En la unidad social más grande, esto es la comunidad –en la cual las relaciones sociales son más formales y menos íntimas– la situación es distinta. Las organizaciones formales como la Iglesia, la escuela, y los tribu-

nales se constituyen y definen sus funciones separadas en la comunidad, antes que en la familia o en el vecindario. Con la creación de estas instituciones y a través de su mediación, la comunidad está en condición de integrar y, en cierta medida, sustituir a la familia y el vecindario como medio para disciplinar y controlar al individuo. Sin embargo ni el orfanato ni otras instituciones han podido proveer un sustituto plenamente satisfactorio del hogar. La prueba de esto es que no existen asociaciones de ex internos, no suscitan recuerdos ni crean tradiciones que, aquellos que han obtenido allí un título de estudio, quieran conservar y mantener vivos.

En la comunidad, con sus varias organizaciones y esquemas de control racionales antes que tradicionales, y no en otro lugar es donde encontramos la delincuencia. En efecto la delincuencia es en cierto sentido, la medida del deficitario funcionamiento de las organizaciones de nuestra comunidad.

Históricamente el fundamento de la vida americana ha sido la comunidad de pueblo. Hasta hace pocos años el americano promedio era, y probablemente lo sea aún, el habitante de un pueblo del medio oeste, quizá de un pueblo como aquel descrito por Sinclair Lewis en "*Main Street*". Y todavía hoy el rasgo más característico del *hombre americano* es un arraigado individualismo que ciertamente pudo haber tenido su origen en el temperamento, pero en el cual el éste ha sido sin duda reforzado por las condiciones de vida de la frontera.

Pero con el desarrollo de las grandes ciudades, con la extendida división del trabajo que se dio a partir de la industria mecanizada, con el movimiento y los cambios derivados de la multiplicación de los medios de transportes y de comunicación, las viejas formas de control social representadas por

la familia, el vecindario y la comunidad local se han debilitado y su influencia ha ido disminuyendo.

Este proceso, para el cual la autoridad y la influencia de una cultura y de un sistema de control social preexistente, resultan debilitadas y por fin destruidas, está descrito por W. I. Thomas como un proceso de "individualización" —considerándolo desde el punto de vista del individuo; pero desde el punto de vista de la sociedad y de la comunidad, es un proceso de desorganización social.

Nosotros estamos viviendo un período de individualización y de desorganización social. Todo se encuentra en un estado de agitación, todo parece estar cambiando. La sociedad es claramente, poco más que un cúmulo y una constelación de átomos sociales. Los hábitos se pueden formar solamente en un ambiente relativamente estable, aún si esta estabilidad consiste simplemente —como en efecto sucede siempre, ya que en el universo no hay nada absolutamente estático—, en una forma de cambio relativamente constante. Cualquier forma de cambio que provoque alteraciones sensibles en la vida social tiende a romper los hábitos; y con la ruptura de las costumbres sobre las que se apoya la organización social existente, ella destruye la organización misma. Cada nuevo instrumento que influye sobre la vida y la costumbres social, ejercita al mismo tiempo una influencia desorganizadora; cada nuevo descubrimiento, cada nueva invención, cada nueva idea provoca turbación. Incluso las noticias son a veces tan peligrosas que los gobiernos creen oportuno suprimir su publicación.

Probablemente en la sociedad actual el instrumento más nefasto y mayormente responsable de la corrupción es el automóvil. El bandido en automóvil, que opera en las grandes ciudades, tiene mucho más éxito y es

mucho más peligroso, que el romántico asaltante de diligencias de cincuenta años atrás. La conexión entre el automóvil y el vicio es conocida: "las seducciones vinculadas con el automóvil son mucho mayores de las que suceden de otras formas en cualquier metrópoli".³

El diario y el cine contribuyen a la corrupción casi en la misma medida aunque no de manera tan nefasta. Si se buscara enumerar todas las fuerzas sociales que han contribuido al desorden de la sociedad moderna, con toda probabilidad se debería redactar un catálogo de todo aquello que ha introducido algún nuevo y sorprendente cambio en la monotonía de la vida cotidiana. Evidentemente cualquier cosa que vuelva la vida interesante constituye un peligro para el orden existente.

El simple movimiento de las poblaciones de un lado a otro del país —por ejemplo la actual emigración de los negros hacia los estados septentrionales— constituye una influencia perturbadora. Desde el punto de vista de los mismos inmigrantes este movimiento puede asumir un carácter de emancipación, abriendo nuevas posibilidades económicas y culturales, pero esto también produce desorganización social tanto en las comunidades que han dejado atrás como en aquellas hacia las cuales se dirigen. Al mismo tiempo esto corrompe las costumbres de la población inmigrada y en particular, —se puede agregar— en la generación más joven.

La enorme cantidad de delincuencia juvenil y adulta que existe hoy en las comunidades negras de las ciudades septentrionales, es debida en parte, aunque no en su totalidad, al hecho de que los inmigrantes no son

capaces de adaptarse rápidamente a un ambiente nuevo y relativamente extraño. Lo mismo se puede decir de los inmigrantes de Europa, o de la generación más joven de mujeres que ahora se dedica en gran número a las ocupaciones más nuevas y tienen una vida más libre que les ofrecen las grandes ciudades.

"El progreso —como alguna vez oí observar a William James— es algo terrible". Y es terrible en cuanto destruye la costumbre en la cual se apoya el orden social existente, y de esta forma destruye los valores culturales y económicos, es decir tanto el hábito parsimonioso, el cuidado, y la operatividad como las esperanzas, ambiciones y proyectos de vida personales que son el contenido de aquel orden social.

Nuestras grandes ciudades —como han observado aquellos que las han estudiado— rebozan de desechos, muchos de ellos humanos, es decir hombres y mujeres que por uno u otro motivo no logran adecuarse al progreso industrial y resultan excluidos de la organización industrial de la cual hasta este momento formaban parte.

Un reciente estudio de Nels Anderson sobre lo que él llama *hobohemia* —una zona de Chicago en las afueras de Loop, es decir fuera de la zona comercial central, y habitada casi íntegramente por personas sin residencia fija— es un estudio de aquél montón de *avanzi umani*. En efecto las áreas de los bajos fondos que invariablemente se desarrollan en los límites de las áreas comerciales de las grandes ciudades —zonas de casas en ruinas, de pobreza, de vicio y delito— son áreas de desechos sociales.

Por su inmediata conexión con los proble-

³ W. I. Thomas, *op. cit.*, p. 71.

mas y los intereses de esta asociación, se puede agregar que recientes estudios efectuados en Chicago sobre las bandas juveniles parecen demostrar que en la ciudad no existe ningún lugar de recreación en el cual el joven pueda encontrar aventuras y lo que se podría llamar una "verdadera diversión" como en las áreas de deterioro general de los bajos fondos.

Para afrontar y resolver los problemas creados por los rápidos cambios de la vida moderna han surgido nuevas organizaciones e instituciones. Las instituciones más antiguas como la Iglesia, la escuela y los tribunales no siempre han estado en condiciones de afrontar los problemas creados por las nuevas condiciones de vida. La escuela, la Iglesia y los tribunales han llegado con sus fines y sus métodos definidos bajo la influencia de una tradición más antigua. Han sido necesarias nuevas instituciones para enfrentar nuevas situaciones. Entre estas nuevas instituciones están los tribunales de menores, las asociaciones para la protección de menores, las asociaciones de padres y maestros, los Boy Scout, las sedes de las *Young Men's Christian Associations*, los círculos juveniles de distintos géneros y, presumo, los lugares de recreación y sus relativas aso-

ciaciones. Estas instituciones han asumido en alguna medida aquellas tareas que ni el hogar ni el vecindario ni las más viejas instituciones de la comunidad estaban en condiciones de desarrollar adecuadamente. Estas nuevas instituciones, quizá porque no están en la misma medida invadidas por nuestras tradiciones precedentes, tienen un carácter decididamente experimental y tratan de elaborar una técnica racional para tratar los problemas sociales sobre la base no ya del sentimiento o de la tradición, sino sobre la base de la ciencia.

Sobretudo sobre la base de los experimentos realizados por estas nuevas instituciones está surgiendo una nueva ciencia social. Bajo el impulso que las instituciones sociales le han impreso a la investigación social, la sociología está dejando de ser una mera filosofía para asumir cada vez más el carácter de una ciencia, si no exacta, al menos empírica.

En lo que concierne a las actuales condiciones de nuestra ciencia y los instrumentos que hemos escogido para controlar la conducta y la vida social, puedo solamente repetir lo que ya he dicho el inicio de este ensayo: "lo que el hombre ignora mayormente es el modo de conducir una existencia social".

5. La banda y la comunidad local

En lo que se ha dicho hasta ahora hemos tratado de indicar aquello que parece ser la relación entre el trabajo de las asociaciones recreativas y de otras instituciones sociales con el problema general de la organización de la comunidad y de la delincuencia juvenil. Pero tengo la impresión de que este ensayo carece de moraleja y considero que toda publicación de argumento sociológico debería contener una. Si se me pidiera que ex-

prese en pocas palabras lo que nuestra discusión sugiere, se podría decir lo siguiente:

1. El problema de la delincuencia juvenil parece tener sus orígenes en situaciones que, en el estado actual de nuestro conocimiento, logramos controlar en medida irrelevante; por esto todo el problema requiere una investigación más profunda de la que hemos podido efectuar hasta ahora.

2. Los factores que conforman la situa-

ción son los siguientes: a) nuestras instituciones sociales están efectuando experimentos bien precisos sobre este problema; b) se está desarrollando en las universidades y en otros lugares un conjunto de conocimientos sobre la naturaleza humana y sobre la sociedad que pronto nos permitirá interpretar estos experimentos, redefinir el problema y finalmente obtener una visión más profunda de las condiciones y de los procesos sociales en base a los cuales se verifican no sólo la delincuencia juvenil si no también otras formas de desorganización personal y social.

3. Lo que ya sabemos sobre las profundas relaciones entre el individuo y la comunidad nos permite ver que la delincuencia no es principalmente un problema del individuo, sino un problema del grupo. Cualquier esfuerzo para reeducar y reformar al delincuente, consistirá en gran medida en encontrarle un ambiente y un grupo en el cual vivir, no solo en el sentido físico y biológico, sino también en el sentido social y sociológico. Esto significa encontrarle un lugar en el cual pueda no solamente expresar libremente sus energías y sus impulsos innatos, sino encontrar una ocupación y ser libre para elaborar un proyecto de vida que le permita realizar de manera adecuado todos sus principales deseos, que de una forma u otra, todo individuo busca satisfacer y debe actuar para conducir una existencia sana y razonablemente feliz.

4. Esto sugiere que los lugares de recreación deberían ser algo más que un lugar para el desahogo de los niños y para alejarlos del mal. Deberían ser un lugar en el cual los niños formen asociaciones permanentes. El grupo de juegos es ciertamente uno de los factores más importantes para la determinación de los deseos y la formación del carácter del individuo medio. En las actuales con-

diciones de la vida ciudadana, en la cual el hogar tiende a convertirse en poco más que un dormitorio, el grupo de juego adquiere una importancia creciente. Frederic Thrasher ha estudiado recientemente las bandas de jóvenes de Chicago, ha localizado un millar y es interesante observar donde se han establecido: precisamente en los bajos fondos. Las bandas que él ha localizado y estudiado no cubren todas las que existen en Chicago, mas bien son las que han atraído la atención por su turbulencia y por estar conectadas directa o indirectamente con la delincuencia juvenil y con la criminalidad de los adolescentes.

Si debiera expresar mi opinión sobre este tema, diría que estas bandas han ejercitado sobre la formación del carácter de los jóvenes que las componen una influencia considerablemente mayor que la Iglesia, la escuela o cualquier otra institución de la comunidad, más allá de las familias y los hogares en los cuales han crecido los miembros de estas bandas. Y es posible que la influencia de estas familias no haya sido siempre completamente saludable.

5. Finalmente, los lugares de recreación deberían estar relacionados, en la medida de lo posible, con instituciones dirigidas a la formación del carácter como la escuela, la Iglesia y otras instituciones locales. En efecto, por cuanto la generación más vieja puede haber sido separada de sus asociaciones locales como consecuencia de las inmigraciones y los movimientos, la generación más joven que vive en contacto más estrecho con la tierra de la que tenemos nosotros, está irresistiblemente ligada a las localidades en que viven. Sus co-asociados son las personas que viven cerca suyo.

En una gran ciudad los niños son los verdaderos y propios vecinos; su *hábitat* es la comunidad local y cuando se les permite

callejear y explorar ellos aprenden a conocer el vecindario quizá mejor que otra persona más grande que no ha nacido y crecido allí.

Esto hace que la banda, si después se transforma en un círculo atlético, se vuelve políticamente importante. Nuestro sistema

político está fundado en la teoría de que las personas que viven en la misma localidad se conocen entre ellas y tienen los mismos intereses políticos y sociales. La banda es frecuentemente una escuela profesional para políticos en formación.



Grupo de refugiados en el interior de la Francesa, 15 de marzo de 1962.
Sergio Gutiérrez (Colección Bonacina)